

Libros de viajes

Eduardo MARTÍNEZ DE PISÓN

Tras un largo sedentarismo —casi una inmovilidad—, tras un desinterés explícito por los viajes y su literatura, la colectividad española parece que quiere soñar con relatos de viajeros, de navegaciones, andanzas y estudios en tierras remotas o propias, que casi nunca importaron nada a nadie ni en la Iberia húmeda ni en la seca. No se trata de un resurgir de Alcarrias, Campos de Níjar, Cabrerías, Hurdes, que en su día cumplieron una función desveladora y minoritaria. Se trata de las librerías invadidas por obras de viajes, antiguas y modernas, lujosas, pintorescas, numeradas para bibliófilos, multitudinarias para excursionistas, escogidas para naturalistas, selectas para académicos, nacionales e importadas. Lo mismo da la refinada librería alemana que el puesto en la calle: se han abierto incluso tiendas especializadas, cuyos dependientes tienen aire de viejos balleneros tímidos, donde se compran mapas del desierto de Gobi, guías del alto Tajo y facsímiles de las cartas de Livingstone. ¿Qué está pasando?

1. ALGUNOS SÍNTOMAS

No sé qué significa todo esto; no sé sus causas ni sus efectos, pero puede ser de actualidad reseñar al menos hecho tan insólito. Puede ser una cuestión de mimetismo respecto a una corriente similar en el extranjero, que, como es costumbre, nos lleva diez años de adelanto; puede ser una mera cuestión de mercado del libro, con más peso en la oferta que en la demanda; puede ser un fugaz snobismo nacional; ojalá sea un deseo general de soñar, viajar, recuperar pasado, volver a emprender aventuras, vivir con el talante del camino. A lo mejor se abren algunas ventanas en la cerrada habitación peninsular e insular. Y, ¿por qué no puede, de pron-

to, tras tanto tiempo lobuno, venir para todos la fascinación del velero, la caravana y las nieves perpetuas?

Fenómeno reciente y tardío —como siempre aquí, salvo en mística—, con una tradición rota, si es que la hubo. Puede que se esté acabando la interesante y acaparadora España negra y la atención se distraiga en otros paisajes. Puede que desde los viajeros del siglo XVI, salvo los injustos destierros de los emigrantes, no haya habido síntomas de un renacimiento expedicionario hasta ahora, porque el Katmandú de hace un decenio sólo alcanzó a unos pocos; pero, ¿hay todavía exploración?

Porque es evidente que se han multiplicado los viajes, no únicamente los libros. Las salidas y la movilidad viajera de los españoles han crecido en pocos años, no sólo por aumento de un turismo más o menos gregario o individualista, sino por un notable incremento de las expediciones, en número y en calidad de sus objetivos propuestos, por motivos muy variados: la aventura, el periodismo, el alpinismo, la actividad científica, la experiencia personal, la inspiración literaria, la fotografía, por nada.

La primera expedición española alpinista fuera de Europa, a los Andes, fue en 1961; ahora salen cada año decenas de grupos a todas las montañas del mundo, hasta el punto de que se ha podido publicar un libro contando la historia, asombrosamente nutrida, de estas actividades¹. En Barcelona existe una agencia que informa sobre el acceso a los más remotos parajes del planeta; en esta ciudad, en Madrid, en San Sebastián, hay compañías de «trekking», que llevan al personal al Himalaya, al Huascarán o al Atlas, mochila al hombro y vacuna en el brazo; ha habido una expedición de Oviedo a Groenlandia, de Tenerife a los Andes, de Pamplona al Himalaya, de Valencia a Alaska y de Vitoria al Everest. Se acabó la alpargata alcarreña. Cuando parecía que en el mundo no quedaba ya nada por explorar, en España hay parto múltiple de exploradores. Katmandú es ya tierra de turistas, pero aún quedan desfiladeros, aristas, cumbres y tres o cuatro islas desiertas. Y es un hecho que, tras estas fiebres, los españoles vuelven siempre habiendo aprendido algo que merecía la pena.

En toda Europa pasa lo mismo o incluso más. Por ejemplo, en Francia, el Club Alpino Francés edita una revista² repleta de crónicas de viajes montañosos a regiones lejanas y de anuncios de recorridos a pie a través del Sahara, a la selva de Nueva Guinea, travesías en esquí del Spitsberg. Se vuelven a publicar los relatos sobre las ascensiones en los Alpes y en el Pirineo en los siglos XVIII y XIX³; se editan las bajadas a los cráte-

¹ Azpiazu, J. M. (1980): *Alpinismo español en el mundo*. Barcelona, R. M., 215 pp. La recopilación es amplia, pero incompleta.

² *La Montagne & Alpinisme*. Paris, C.A.F.

³ Por ejemplo, entre muchos otros, destaco por su interés: Bourrit, Mac-Théodore (1977): *Description des glaciers. Glaciers et amas de glace du Duché de Savoie*. Genève, Slatkine, XLVII+137 pp. (facs. ed. 1773); del mismo, (1974). *Description des aspects du Mont Blanc...*

res en erupción en Etiopía o en la Antártida, llevadas a cabo por Haroun Tazieff⁴; se imprimen bellos libros de alpinismo, de travesía por montaña, de rutas por glaciares⁵; hay librerías especializadas —de nuevo y de viejo—; hay asociaciones de amigos de este tipo de libros, expertos coleccionistas y cuidadas colecciones; las publicaciones y los congresos científicos versan sobre temas geográficos audaces, distantes, que evocan tempestades viajeros bien asimilados culturalmente. La progresista editorial Maspero lanza una colección de bolsillo, *La Découverte*, con reducciones de libros clásicos de viajes: Humboldt, Cook, Hernán Cortés, de Saussure, Darwin, Colón, Mungo Park, Bougainville, Marco Polo, Lapérouse, etc⁶. Todo el espectro intelectual está de viaje.

En Inglaterra la tradición viajera es fuerte desde las peregrinaciones dieciochescas a los Alpes, desde el Imperio, y saborea también hoy su emprendedor pasado: reediciones de la exploración del paso del valle del Indo al Turquestán chino⁷, a través del Karakorum, en 1845; de los primeros botánicos del Himalaya, de los geólogos de la India. Se escribe, por ejemplo, un libro sobre la historia, muy inglesa, de las ascensiones al Everest⁸. La primera expedición pedagógica universitaria de Oxford a Groenlandia es de comienzos de siglo y por estas mismas razones la «International Glaciological Society» tiene su sede en Cambridge: no es de extrañar que hace pocos años hubiera en la Sociedad Geográfica de Londres una exposición sobre la historia de los viajes polares, que aquí pasó desapercibida. En 1960, Moorehead publica *The White Nile*, en 1969, Darwin

Bolonia, Libr. Alpina, 161 pp. (facs. ed. 1776). También Saussure, H. B. de (1979): *Premières ascensions au Mont Blanc (1774-1787)*. Paris, Maspero, 220 pp.; Ramond de Carbonnières, L. F. E. (1978): *Voyages au Mont Perdu...* Genève, Slatkine, LIV+392+44 pp. (facs. ed. 1801, 1803 y 1804); Taine, H. (1979): *Voyage aux Pyrénées*, Genève, Slatkine, 536 pp. (facs. ed. 1880). De modo similar, la asociación cultural de Pau «Les amis du livre pyrénéen», ha reeditado valiosas obras de precursores del pirineísmo, como las de Franqueville (1845), Tonnellé (1859), Russell (1878), Beraldi (1898-1904), etc., o la Diputación de Huesca un conocido libro de Briet (1913), *Bellezas del Alto Aragón*, 1977, 306 pp.: en conjunto, una aportación muy estimable de obras durante muchos años inencontrables y decisivas para entender este campo de la cultura europea.

⁴ Anotemos sólo Tazieff, H. (1978): *Erebus. Volcan antarctique*. Paris, Arthaud, 157 pp. Los libros de este autor constituyen, a mi entender, algunos de los más apasionantes relatos de viajes del siglo xx. Descender a cráteres activos, a grandes simas y cuevas y ascender a muy altas cimas o por muy altas paredes son casi las últimas exploraciones estrictas que son posibles en nuestro planeta. Las altas latitudes aumentan este carácter.

⁵ Como el bello libro de Bachmann, R. C. (1979): *Glaciers des Alpes*, Paris, Bibl. des Arts, 320 pp. Una lectura obligada para todo geógrafo debería ser la obra de Malaurie, J. (1981): *Los últimos reyes de Thule*. Barcelona, Grijalbo, 2 vols. 355 y 335 pp., en la que narra sus peripecias en Groenlandia mientras realizaba sus estudios geomorfológicos.

⁶ Escojo la cita de Humboldt, A. de (1980): *Voyages dans l'Amérique équinoxiale*, Paris, Maspero, 2 vols. 280 y 259 pp.

⁷ Hugel, Ch. (1976): *Travels in Kashmir and the Panjab*. Lahore. Qausain, 423 pp. (facs. ed. 1845).

⁸ Unsworth, W. (1981): *Everest*. Londres, Allen Lane, XIV + 578 pp.

and the Beagle, en 1973 Botting edita *Humboldt and the Cosmos*⁹, que, aunque dependen de editoriales distintas, tienen la misma maqueta, con abundante ilustración en color (la primera citada, en su segunda edición de 1971); los dos últimos son recientemente traducidos en España, abriendo una colección que, por su carácter pionero, su atractivo y difusión, podría ser el ejemplo más significativo de este movimiento libresco: el viaje científico en estilo ameno y en un marco agradable e interesante, aunque con un contenido poco profundo. Son significativas estas simples versiones al español de unos ejemplares de resonancia amplia y presentación casi lujosa en apariencia, pero no de alto coste, que son parte, en su origen, de una producción más vasta y compleja, a veces más difícil; en esta peculiar selección y consiguiente traspaso comienza entre nosotros la moda de este tipo de lecturas: en una importación agradable. Y, a partir de esta fuente, empieza la riada.

Pero tal proceso no es exclusivo de este tipo de obras, dada la ampliación del mercado de los libros de alpinismo, principalmente traducidos, desde Rébuffat a Messner, para volver a los clásicos agotados, como Terray¹⁰, porque aquí también la vanguardia quiere recuperar su estilo histórico. Italia es ejemplar en este aspecto, ya que las ediciones de Fantin¹¹ en el Club Alpino Italiano, sobre las montañas del mundo y las expediciones italianas, han sido la primera guía disponible para la salida de Europa de numerosos montañeros españoles. Nuestra dependencia de Italia llega también al mercado de libros: una librería de la ciudad de Bolonia nutre las bibliotecas privadas de los expedicionarios españoles y de muchos europeos desde hace años, a través de un catálogo amplio, útil y culturalmente interesante, donde se reúnen obras de producción internacional, mapas normales y extraños, libros perdidos, reimpresiones de obras que sólo habitaban en los ficheros personales de los muy expertos en la materia.

Revistas de viajes, guías de lo conocido y lo insólito, fotos, libros de «trekking»¹², abundancia y comercialización de mapas, complementan

⁹ Moorehead, A. (1971): *The White Nile*. Londres, Penguin Books, 368 pp.; Moorehead, A. (1969): *Darwin and the Beagle*. Nueva York, Harper & Row, 280 pp.; Botting, D. (1973): *Humboldt and the Cosmos*. Londres, Sphere Books, 295 pp.

¹⁰ Rebuffat, G. (1982): *Estrellas y borascas*. Barcelona, R. M., 177 pp.; Terray, L. (1982): *Los conquistadores de lo inútil*. Barcelona, R. M.: 2 vols., 203 y 211 pp. La producción de Messner es espectacular y muy popular; ciertas conquistas del alpinismo actual seguirían considerándose imposibles para el hombre sin sus proezas personales.

¹¹ Fantin, M. (1972): *Alpinismo italiano nel mondo*. Milán, C.A.I., 2 vols., 1.225 pp. † fotos y mapas. La labor de recopilación y síntesis de rutas, expediciones y macizos remotos, hecha por Fantin, es insustituible; habría que añadir sus libros sobre Groenlandia, Andes, Himalaya y montañas de África, utilísimos.

¹² Por ejemplo, Armington, S. (1980): *Trekking in the Himalayas*, Victoria, Lonely Planet, 192 pp.; Bartle, J. (1980): *Trails of the Cordillera Blanca & Huayhuash of Perú*. Lima, Gráfica Pacific Press, 1980, 159 pp. Ambos son precisos y fiables, con itinerarios selectos, asequibles

este cuadro extra-turístico. Hasta China lanza a Occidente sus libros de expediciones tibetanas, como el magnífico *The Roof of the World*¹³; Perú reedita los viajes de Raimondi; la Unión Soviética divulga los glaciares del Pamir; Japón, Estados Unidos, Alemania... producen abundantemente este tipo de literatura para entendidos, usuarios y para gran venta. Aparecen guías de la naturaleza —no sólo del arte y lo pintoresco—: de los pájaros, las plantas, los peces, las grutas, los volcanes¹⁴, los glaciares, de regiones naturales, guías geológicas, guías botánicas, como si fueran las partituras para seguir el concierto de los viajes. Tal es el trasfondo, probablemente, de nuestro singular alud editorial en este campo.

2. ALGUNOS LIBROS

En vez de aparecer poco a poco, coordinadamente dentro de un programa editorial, dentro de una tradición en este tipo de literatura, en España los libros de viajes han llegado en aluvión, todos a la vez, revueltos, sin criterio, sin jerarquía, sin guía. Hay obras editadas simultáneamente por varias editoras y en el revoltillo nos llegan Livingstone, Alí Bey, Darwin, Marco Polo¹⁵ y una larga pléyade de resucitados, confundidos y con-

a andarines. El libro de Iozawa, T. (1980): *Trekking in the Himalayas*, Tokio, Yama. Kei, 208 pp., es sorprendente por su presentación cuidada, sus magníficas fotografías, sus dibujos de montañas del Himalaya a pluma, lápiz y acuarela, de extraordinaria calidad, sus mapas, sus croquis de las casas sherpas, su ajuar, instrumentos, o sus planos y alzados minuciosos de la distribución, casa a casa, de las funciones en las calles comerciales de los núcleos urbanos.

¹³ Mingtao, Zhang (1982): *The Roof of the World*. Nueva York, H. N. Abrams, 227 pp.; también, (1980) *Glaciers in China*, Shanghai, Scient. Technic. Publ., s.p.; Raimondi, A.: *Viajes por el Perú*. Lima, edit. Univ., s.a., 142 pp.; Kotliakov, V. M. (1980): *Los glaciares del Pamir*. Moscú, Mir., 215 pp.

¹⁴ Es imposible catalogar aquí todas las existentes. Expresivas del talante viajero, pueden ser las siguientes, entre otras: Aellen, A. y Strinati, P. (1978): *Guía de las grutas de Europa*, Barcelona, Omega, 368 pp.; Kraft, M. (1974): *Guide des volcans d'Europe*. Neuchatel, Delachaux-Niestlé, 412 pp.; Debelmas, I. (1970): *Alpes, Guides géologiques régionaux*. Paris, Masson, 213 pp.; Pratesi, F. y Tassi, F. (1972): *Guida alla natura del Lazio e dell'Abruzzo*, Roma, Mondadori, 291 pp.; Dendaletche, C. (1973 y 1974): *Guide du naturaliste dans les Pyrénées occidentales*. Neuchatel, Delachaux-Niestlé, 2 vols., 348 y 429 pp.; Grey Wilson, Ch., y Blamey, M. (1980): *Guía de las flores alpinas de Europa*, Barcelona, Omega, 382 pp.; etc. Aunque con finalidad deportiva, han facilitado mucho la penetración en nuestra montaña las nuevas guías de los alpinistas: destaco sólo algunas, por ejemplo: Bellefon, P. de (1976): *Les Pyrénées. Les 100 plus belles courses et randonnées*. Paris, Denoël, 247 pp.; Veron, G. (1980): *Alta excursión pirenaica*. Pamplona, Aramburu, 190 pp.; Minvielle, P. (1974): *A la découverte de la Sierra de Guara*. Pau, Marrimpouey Jeune, 136 pp., que se suman a las tradicionales y selectas guías de Ollivier; guías españolas muy encomiables son las de Adrados, M. A. y López, J. (1980): *Los Picos de Europa (guía de los tres macizos)*, Oviedo, 401 pp.; Adrados, M. A.; G.ª Viel, E. y López, J. (1981): *La Sierra de Gredos*, Madrid, 479 pp.

¹⁵ Estas duplicaciones han motivado incluso polémicas periodísticas. Del libro de Marco Polo, secularmente olvidado, salvo en *Austral*, salieron simultáneamente cuatro edicio-

fusos. Los editores han intuido un mercado —una antena en el extranjero, otra en la demanda nacional, una experiencia alentadora de un libro pionero— y han entrado en él sin medida, orden ni concierto... ni rigor. Venden viajes como detergentes. No obstante, algo se sacará del alud.

Libros interesantes pero que pocos leían, páginas apollilladas, cobran brío repentino. En la penúltima feria del «libro de ocasión» de Madrid salen sólo dos tomos de los viajes de Saussure al inaudito precio de 55.000 pesetas, mientras en Italia la colección completa (8 volúmenes) apenas duplica ese valor. Cuando en 1972 se celebró en París con una exposición el doscientos aniversario de las expediciones de Cook y Bougainville, a nadie importaron aquí tales actos y el segundo centenario pasó inadvertido, aunque la fecha fuese algo arbitraria. Con el necesario retraso hoy están ambos en nuestros escaparates, junto a Ford, Doré, Stanley¹⁶ —pero no el *Bula Matari* de Wassermann— desigualmente cuidados. Las ediciones tienen un extraño parentesco con la resurrección de los libros de aventuras coloniales del XIX y comienzos del XX —que inició Francia y seguimos inmediatamente aquí con Savater a la cabeza¹⁷—, en el estilo con que se presentan, en su fenómeno de oleada y en su coetaneidad, porque probablemente obedecen las llegadas de ambos —viajes y aventuras noveladas en ambientes exóticos— a las mismas causas. Bienvenidos sean, aunque podían haber entrado de otro modo.

Al interés por los libros de viajes históricos famosos, hay que añadir, como ya he indicado, la atención por popularizar —lo que es casi enteramente nuevo— los viajes científicos, en razón no sólo de sus peripecias, sino de sus aportaciones. Se han editado tres famosos recorridos, el de Humboldt, el de Darwin y el del «Challenger»¹⁸, que no corresponden ni a autores ni a protagonistas españoles, aunque hay abundante referencia a tierras hispánicas en ellos; sin embargo, dada la categoría cultural de los viajes, y a pesar de algunos errores en las obras, la importación es prioritaria y beneficiosa. Sólo sé que hacían falta, pero no sé por qué llegan ahora y todos juntos. No obstante, no se reedita una versión completa y digna del *Viaje a las regiones equinocciales*, respetuosa con los textos cien-

nes distintas; la primera de éstas que llegó a mis manos fue *El libro de las cosas maravillosas*, Barcelona, Calamus Scriptorius, 1982, 254 pp., que sigue una edición de 1518, en cuyo prólogo el Protonotario Maestre Rodrigo decía con razón: «Entre las cosas que más deleitan los varones nobles... una no pequeña es leer por autor auténtico las partidas del mundo». Con Stanley, H.: *Viaje en busca del Doctor Livingstone al centro de Africa*, arrancó una serie, ya variada, lanzado por Anjana Editores (Madrid, 1981, 277 pp.). El rigor de estas reediciones es irregular.

¹⁶ Como muestra, Ford, R. (1981): *Manual para viajeros por el País Vasco y Navarra y lectores en casa*. Madrid, Turner, 108 pp.

¹⁷ Buen ejemplo es la introducción de F. Savater, titulada «La aventura africana», a *La tragedia del Korosko* de Conan Doyle (Madrid, Legasa, 1981, pp. 11-26).

¹⁸ Linklater, E. (1982): *El viaje del Challenger*. Barcelona, Serbal, 272 pp. El traductor advierte la confusión del autor entre el cardón y el nopal (p. 23).

tíficos; la traducción existente *Del Orinoco al Amazonas*¹⁹ de Humboldt, que hoy circula, es claramente insuficiente. Pero por algo se empieza.

Lo mismo podría ser Humboldt que Quadrado, que Obermaier, que el relato del Cainejo de su subida al Naranjo de Bulnes: pocos se preocupaban por tales escritos hace escasos años, mientras que ahora se buscan, se encarecen y no se encuentran. No sólo se valoran los libros de excursionismo de ediciones lujosas y masivas, con fotos espectaculares, sino también las guías precisas por macizos montañosos, las obras sobre la historia de la exploración de las cumbres, las colecciones de revistas viejas, los homenajes y recuerdos a los precursores, a los botánicos que quizá se adentraron por primera vez en una cordillera. No sólo existe la atracción por el «paisaje espectáculo», al estilo del *National Geographic*, sino la delectación en la calidad de la foto, como en *Caravanas de Tartaria*²⁰ o el documento para una ascensión, un viaje real, un aprendizaje. La espectacularidad de ciertas ofertas parece que desconfía de una demanda más profunda y ello es un error. Los libros de viajeros editados en Canarias, como la *Estancia* de Berthelot²¹, se agotan inmediatamente, porque el interés local y la calidad del escrito, evidentemente, cuenta, ya que responden a profundas necesidades culturales.

Por ello extraña no encontrar apenas la aventura viajera española —aunque fuese de importación— en estas ediciones; tampoco, por cierto, está muy representada la de los viajeros por España, de los que hay larga lista. Desde el siglo XVI a Iradier hay sin embargo un buen filón. Alguna excepción puede señalarse: especialmente la traducción del libro de Steele, *Flores para el Rey. La expedición de Ruiz y Pavón y la Flora del Perú (1777-1788)*²², que, además, es un estudio histórico, espléndidamente presentado y con una ilustración original e interesante, producida en España por especialistas en el tema. Tras su belleza formal, este libro encierra la historia de la frustración de un esfuerzo valioso: una desgracia normal en nuestra historia científica. Quizás habría que poner más el énfasis en estas moralejas. También es expresivo el hecho —no único— de que el tema haya interesado más a un profesor norteamericano que a un español. En fin, una historia «ejemplar»: léanla.

Otra historia expedicionaria española, con sus lógicas desgracias científicas, obra también de otro profesor americano y que, previsiblemente, quizá suceda pronto a las anteriores en las librerías, es el libro de Ryal Miller, *For Science and National Glory. The Spanish Scientific Expedition to America, 1862-1866*²³, publicada por la Universidad de Oklahoma en

¹⁹ Humboldt, A. de (1981): *Del Orinoco al Amazonas*. Barcelona, Labor, VII+396 pp.

²⁰ Michaud, R. y S. (1980): *Caravanas de Tartaria*. Barcelona, Blume, 8 p+76 láms.

²¹ Berthelot, S. (1980): *Primera estancia en Tenerife (1820-1830)*. Santa Cruz, Aula de Cultura, 160 p + láms.

²² Steele, A. R. (1982): *Flores para el Rey...* Barcelona, Serbal, 347 pp.

²³ Miller, R. R. (1968): *For Science and National Glory...* Univ. Oklahoma Press, XIV +

1968 (la fecha de la primera edición del trabajo de Steele es 1964). Fue la última exploración del Nuevo Mundo patrocinada por la monarquía española; visitó doce países, exploró regiones y recogió abundantes muestras, a pesar de lo cual permanece prácticamente desconocida. Fue llamada «Comisión Científica del Pacífico». Parece necesario que, cuando hoy se vuelve a recoger el sentido de las expediciones científicas, se recupere, ordene y valore todo este pasado; junto a las dichas, también las del siglo XVIII de Mutis en 1782, la de Nueva España (1788-1802) —trabajada por Arias Divito²⁴—, la de Ulloa y Jorge Juan (1735-1744), la de Malaspina (1789-1795). Y, en suma, lo que fue el esfuerzo de los expedicionarios y lo que fue el aprovechamiento que nuestra sociedad hizo de él, lo que no deja de ser un conveniente examen de conciencia.

Por todas estas razones convendría perfilar una política editorial en este campo, para distinguir lo auténtico de lo sucedáneo, la espectacularidad superficial del verdadero contenido de los grandes libros de viajes. Tras un prolongado desinterés social por tales asuntos no hubiera estado de más un poco de sistema. Otra vez será.

Pero no sólo hay una vuelta al paisaje por los naturalistas, por un aumento del atractivo de las ciencias naturales, por una preocupación mayor por la conservación de la naturaleza: el fenómeno tiene un sentido cultural más amplio. Es evidente el aumento del interés por la flora y la fauna y su respeto en la sociedad española —algo menos en el poder— e incluso hay guías, no pedagógicas sino turísticas, de la naturaleza: los volcanes canarios, el Cabo de Gata, el Pirineo, Olot...²⁵. Pero también hay un

194 pp. Entregado este artículo ha aparecido la traducción española, más lujosa, en Barcelona, Serbal, 1983, 256 pp. y, posteriormente, se ha hecho la reimpresión del relato de Almagro, M. (1866): *Breve descripción de los viajes hechos en América por la Comisión Científica...* Barcelona, Laertes, 1984 + 174 pp. Si aquella obra se nutre del libro de Barreiro, A. J. (1926): *Historia de la Comisión científica del Pacífico (1862 a 1865)*. Madrid, Mus. Cien. Nat. XVI + 525 pp., en la presentación del de Almagro se le copia directamente. La historia de esta expedición es ejemplar y dolorosa; el encuentro con Agassiaz es punzante. Por desgracia, sigue ocurriendo.

²⁴ Arias Divito, J. C. (1968): *Las expediciones científicas españolas durante el siglo XVIII*. Madrid, Cult. Hispánica, 427 pp. + láms. Engstrand, I. H. W. (1981): *Spanish Scientists in the New World. The Eighteenth Century Expeditions*. Seattle, Univ. Wash. Press, XIV + 220 pp.

²⁵ Por ejemplo, Araña, V. y Carracedo, J. C. (1978): *Los volcanes de las Islas Canarias*. Madrid, Rueda, 3 vols.; Kunkel, G. (1981): *Arboles y arbustos de las Islas Canarias. Guía de Campo*. Las Palmas, Edirca, 138 pp.; García, L. y otros (1982): *Cabo de Gata. Guía de la Naturaleza...* Madrid, Everest, 175 pp.; aunque escrito con intención pedagógica, es también un libro útil para un turismo culto el realizado por Mallarach, J. M. y Riera, M. (1981): *Els volcanes olotins y el seu paisatge*. Barcelona, Serpa, XV + 250 pp. Algunas de estas obras enlazan, por su contenido, con guías geológicas, geográficas y ecológicas, recientemente editadas, como ayuda al estudiante o como incitación a un tipo de viaje con mayor contenido que los habitualmente programados; un ejemplo recomendable son las de Navarra: Floristán, A. y otros (1978-1979): *Itinerarios por Navarra*. Pamplona, Salvat, 2 vols., 166 y 198 pp.; Elósegui, J. y otros (1980): *Navarra. Guía ecológica y paisajística*. Pamplona, Caja de Ahorros, 2 vols., tomo I: 690 p + láms. Como ejemplo de folleto breve: Calatayud, P. y otros

renacimiento del gusto del viaje por sí mismo, por su aventura: yo no hago un viaje —decía Steinbeck—, sino que él me hace a mí.

Hay un resurgir romántico, una corriente recuperadora del romanticismo que fluye detrás de estas apariencias. De hecho, también se recupera el viaje cultural, el literario, el artístico: es la nueva delectación en Friedrich, en Turner, en los paisajistas que peregrinaban a los Alpes, en Cozens, en Towne, en los grabados pirenaicos de Victor Petit. En Europa se observa el resurgir desde los años setenta (un ejemplo, la obra de Wilton y Russell, *Turner in Switzerland*); ahora llega aquí en un nuevo libro de Wilton: *William Pars. Journey through the Alps*, con sus cascadas, cumbreres y glaciares, pintados, a finales del XVIII, caminando junto a de Saussure²⁶. El año pasado hubo en París una exposición sobre los glaciares suizos, que ha dado lugar a un libro, *La Suisse et ses glaciers*²⁷, que contiene extraordinarios documentos del estado de los glaciares alpinos en los siglos XVIII y XIX a través de los grabados y pinturas de los paisajistas itinerantes de la época. En 1980, se edita el libro de Zumbühl *Die Schwankungen der Grindelwaldgletscher in den historischen Bild- und Schriftquellen des 12. bis 19. Jahrhunderts*, donde se usan las fuentes pictóricas como un documento importante en la historia geomorfológica de los glaciares de Grindelwald; en 1983, tiene lugar en Lucerna otra exposición, con el título de *Die Kleine Eiszeit. Gletschergeschichte im Spiegel der Kunst*, con 127 obras de Wolf (1735-1783), de Birman (1793-1847) y de otros, atendiendo principalmente también a los glaciares de Grindelwald. ¿Reaparecerá el cuaderno de viaje?

Pero los síntomas van más lejos: la geografía fantástica²⁸ de tantos no-

(1980): *Itinerario geológico y geomorfológico por el valle del Najerilla*. Logroño, Inst. Est. Rioj., 37 pp., etc. Deberían divulgarse ampliamente entre los estudiantes los consejos de P. Defontaine en su *Petit Guide du voyageur actif*, Paris, Presses d'Ile de France, 1980, 95 pp.

²⁶ Gaston, M. (1975): *Images romantiques des Pyrénées*. Pau, Les Amis du Musée Pyrénéen, 351 pp.; Wilton, A. (1982): *Turner Abroad*, Londres, British Museum, 80 pp. + 128 láms.; Wilton, A. (1981): *Turner and the Sublime*. Londres, British Museum, 192 pp.; Wilton, A. (1979): *William Pars. Journey through the Alps*. Zurich, Clivo Press, 71 pp.; Kjellberg, P. (1972): «Le premier coup d'audace des peintres anglais: leur aquarelles», *Connaissance des Arts*, pp. 84-91.

²⁷ Kasser, P.; Haeberli, W., y otros (1981): *La Suisse et ses glaciers. De l'époque glaciaire à nos jours*. Berna, Kümmerly+Frej, 191 pp.; Zumbühl, H. J. (1980): *Die Schwankungen der Grindelwaldgletscher...* Basilea, Birkhäuser Verlag, 296 pp.; Zumbühl, H. J.; Messerli, B., y Pfister, C. (1983): *Die Kleine Eiszeit...* Lucerna, Gletschergarten Museum, 60 pp.

²⁸ El tema de la Geografía Fantástica es inagotable y presenta muchas vertientes, algunas profundas. Un libro atractivo, aunque forzosamente incompleto, es el de Calabrese, O. y otros (1983), *Hic sunt leones: Geografia Fantastica e viaggi straordinari*. Milán, Electa, 119 pp., que cobra verdadero relieve en el contexto del catálogo de la exposición *Carte et Figures de la Terre*, Paris, Centre Pompidou, 1980, XV + 480 pp. A los mapas de países inexistentes y al «Viaggio nell'arcipelago che non c'è», que aparecen en estas obras, habría que añadir el ciclo canario de San Borondón (ver Benito Ruano, E. (1978): *La leyenda de San Borondón, octava isla canaria*. Valladolid, Casa Museo de Colón, 89 pp.), de cuya inexistente isla obra, sin embargo, un mapa en el archivo de la Universidad de La Laguna, con sus ca-

velistas, de Poe a Verne, se vuelve tan sugestiva como la real. En 1982 se ha publicado el relato de una audaz expedición solitaria de un español a la Tierra de Maple White, imaginaria meseta en el trópico americano, suspendida entre abismos, a la que Conan Doyle hizo llegar un simpático grupo de científicos en su novela *El mundo perdido* y donde encontraron una divertida fauna antediluviana; lo extraordinario no es que nuestro hombre organizara tal viaje a la meseta, sino que llegó a ella.

4. UN CICLO DE VIAJES

Así vuelve también la procesión marina de Brandán, una «Eneida cristianizada», cuya lectura se propone como la contemplación de un capitel románico.

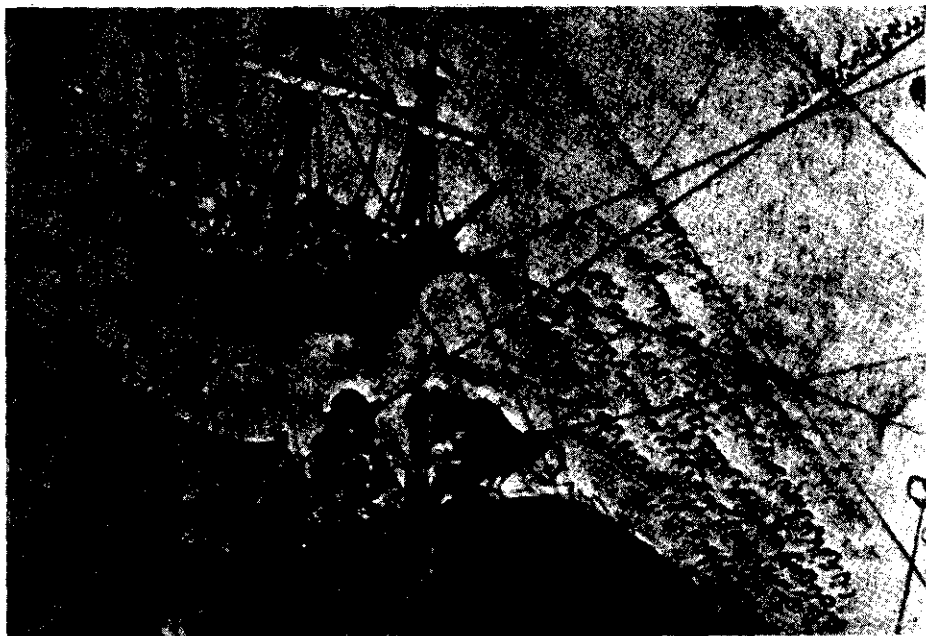


FIG. 1.—San Brandán navegando en el Atlántico.

En *El viaje de San Brandán*, Benedeit localiza el infierno, evidentemente, en el cráter de un volcán activo, alto y nuboso, situado en una isla atlántica: «una montaña envuelta en nubes... llegaron a la orilla, pero el ac-

bos, golfos, puerto, río, montes, arboleda y ganado y sus puntos cardinales —del que tengo copia—, anejo a una «Información hecha en El Hierro en que se averigua la certeza de la Ysla de San Blandom» en 1721.

ceso era muy escarpado. Entre todos los viajeros, ninguno pudo apreciar qué altura tendría esta montaña: por encima de las nubes se elevaba a *más altura que lo que parecía desde la orilla, al pie de la misma*; y la tierra es negrísima... despejada ya de nubes la montaña, abierto de par en par, aparece el infierno. Fuegos y llamas echa el infierno y palos candentes y cuchillas y pez y azufre, que salen disparados hasta las nubes, y recogen como suyos los demonios, cuando vuelven a caer en su recinto». «De las símas profundas y de los precipicios vuelan disparadas inmensas cuchillas de fuego... Ni con truenos resuena tal estruendo... rocas ardiendo a llamaradas, tan alto por el aire vuelan, que roban al día su claridad.»

En la introducción a la edición española de este viaje fabuloso se indica la semejanza del marco de las escenas infernales de Brandán con el Purgatorio de la Divina Comedia, en los vaivenes de mitos de la geografía fantástica pre-renacentista. Pero ya había señalado Cioranescu la relación de este escenario simbólico con un alto volcán insular atlántico y con la tradición legendaria de las islas «extremas» de Occidente, apuntando su posible fundamento en la imagen que entonces se tenía del Teide por las tradiciones marineras (nombre del volcán que, sin relación con esta línea mítica, también significa en guanche, infierno: «Echeyde»).

Quizá tal imagen podría incluso estar en remota conexión con el Atlante, alto sobre los mares («*lucet nocturnis ignibus*», que aún continúa en Tasso: «*e poi la notte il ciel di fiamme alluma*»), y, de modo más impreciso, con la isla volcánica cercana a Africa del periplo de Hannon, donde se dice: «costeamos un litoral abrasado, lleno de emanaciones y arroyos de fuego que desembocaban en la mar. La tierra resultaba inaccesible a causa del calor... vimos por las noches la tierra llena de llamas. En medio había un fuego mucho más grande que los otros que parecía llegar a las estrellas. De día percibimos que era una montaña muy alta llamada Trono de los Dioses». Hannon describe, sin lugar a duda, una erupción en un gran volcán.

Campomanes, al comentar esta «sede de los dioses» —aunque sin entender la descripción volcánica, como tampoco lo hace Casariego ni, en lo suyo, el introductor a Brandán— apunta: «Mela, Plinio, Solino y Estrabón le llaman del mismo modo. Ptolomeo igualmente le coloca en esta costa». Torriani recuerda a Píndaro «al describir en este océano Atlántico la sede de los dioses» y a la ninfa Tirsis «sentada encima de este monte —se refiere al Teide—, cuyo nombre significa en griego alto». No vamos a entrar aquí en la discusión, erudita y difusa, sobre la identificación y el emplazamiento del Monte Atlas y del Trono de los Dioses, en la que ya se han derramado «atlánticos» de tinta, pero sí es interesante resaltar simplemente la persistencia destacada del valor simbólico del alto volcán sobre los mares, dentro del contexto de las referencias míticas a las islas atlánticas (desde las remotas Purpurarias o la ínsula Junonia de los anti-guos), que llegaron a adquirir cualidades paradisíacas —en palabras de Diodoro, de «mansión de los dioses»— hasta el punto que, como escribe

Casariago, «fue inmensa la trascendencia que alcanzaron de forma legendaria».

Las palabras del Dante enlazan quizá con estas tradiciones («una montagna bruna per la distanza, e parvemi alta tanto quanto veduta non n'aveva alcuna»), como pudieran hacerlo las de Tasso («lor s'offri di lontano oscuro un monte che tra le nubi nasconde la fronte»). Torriani usó a Tasso como guía veraz aplicable a las Canarias y citó versos de la *Jerusalén libertada* como imagen del Teide, al que también califica de volcán «oscuro», tanto de cerca como de lejos, así como poseedor, según la idea común, de «grandísima altura», que rebasa las nubes y las cumbres de las cordilleras conocidas. Pero la evocación de lo ficticio podría ser aceptable si enlazara con los modelos tradicionales del alto volcán atlántico. Lemerchand comenta la «lectura verista» también del viaje de San Brandán, «como libro de a bordo, donde cada isla descrita se correspondería con la geografía» y de donde nacería el mito de San Borondón. Sin caer en el «verismo», de estos textos podría recogerse, sin embargo, no sólo el mensaje de cada leyenda, sino la tradición de una imagen repetida que procede del viaje oceánico y se asienta en uno de los trasfondos culturales europeos, con el símbolo repetido y múltiple —Infierno, Paraíso, Purgatorio— del gran volcán insular, aunque las referencias procedieron de mezclas de escritos diferentes, lugares distintos y mitos diversos²⁹.

Cuando Charles Darwin alcanzó a ver desde su barco la isla de Tenerife como un gran volcán, una alta pirámide que sobrepasaba las nubes

²⁹ A este respecto véanse: Benedeit (1983): *El viaje de San Brandán*, Madrid, Siruela, XXXIX, 181 pp. Rodríguez Campomanes, P. (1756): *Antigüedad marítima de la República de Cartago con el periplo de su general Hannon*. Madrid. Imp. A. Pérez de Soto, 30 + 132 pp. Casariago, J. E. (1947): *El periplo de Hannon de Cartago*, Madrid, C.S.I.C., 95 pp., y (1949), *Los grandes periplos de la Antigüedad*. Madrid, C.S.I.C., 184 pp. Torriani, L. (1978): *Descripción de las Islas Canarias*. Santa Cruz, Goya, XLIII + 298 pp.. Cioranescu, A. (1954): «Dante y Canarias». *Est. hist. Esp. y comp.*, Univ. La Laguna.

Ver también, Demerliac, J. C., y Meirat, J. (1983): *Hannon et l'Empire punique*. Paris, Les Belles Letres, 366 pp.; entre datos concretos y diversas fantasías, estos autores interpretan también, aunque parcialmente, el relato aludido como la descripción de un fenómeno eruptivo, que sitúan, siguiendo cierta tradición no del todo convincente, en el Monte Camerún.

Verne, que en *Los viajes del Capitán Hatteras* había imaginado un Polo Norte también volcánico, en *La Esfinge de los Hielos* simula una lectura verista del *Arthur Gordon Pym* de Poe, aventuras supuestamente reales y editadas «bajo el velo de la ficción», para navegar hacia un Polo Sur marino; con ello sigue, a su modo, las viejas pautas de la geografía fantástica de los confines: los mitos-guía y los volcanes extremos. La literatura de viajes tiene en el primer libro un fragmento espléndido: «—Nous sommes encore à quarante-cinq secondes du point inconnu, reprit Hatteras..., et là où il est, j'irai! —Mais c'est le sommet de ce volcan! dit le docteur. —J'irai. —C'est un cône inaccessible! —J'irai. —C'est un cratère béant, enflammé! —J'irai». En *El Silmarillion*, también Tolkien usa los atributos míticos del volcán en los confines: océano, montaña, altitud, forma oscura, hielo, fuego, poder infernal (...«una montaña que vadea el mar y tiene la cabeza por encima de las nubes, vestida de hielo y coronada de fuego y humo»). En la vieja línea de Brandán, Dante o Tasso.

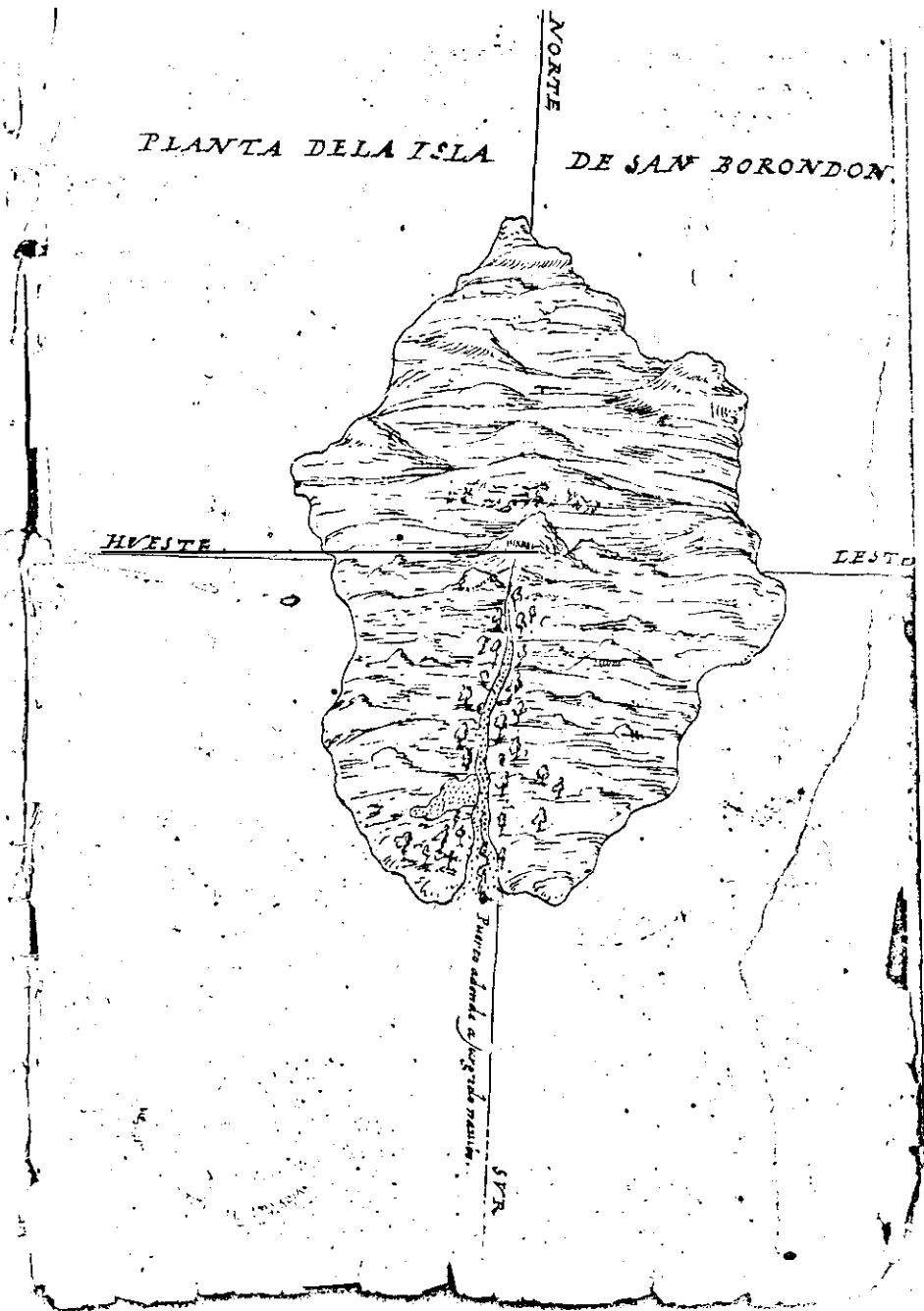


FIG. 2.—Planta de San Borondón, hecha en Canarias en 1721. Biblioteca de la Universidad de La Laguna.

del alisio, exclamó: «¡Ese pico es otro mundo!». Una larga tradición cultural, recogida por navegantes y viajeros, divulgada por poetas creadores de mitos o por minuciosos relatos de naturalistas, repite una y otra vez desde la antigüedad clásica la misma imagen: suspendido a gran altura, otro mundo.

En todo momento la figura del Teide ha sido un símbolo en la cultura europea, aunque cambie su contenido. Se podría hablar, en sentido muy amplio, de toda esta literatura viajera —mitos, aventura, ciencia— formando el gran «*ciclo del volcán atlántico*». Las referencias del ciclo se concentrarán en el Teide desde el Renacimiento, con su edad de oro en los viajeros ilustrados, con una imagen más precisa y un nuevo prestigio, otorgado por los científicos, en contraste con el escenario borroso, entrevisto y confuso de la época anterior, donde podían albergarse las leyendas de los confines. Pero el nuevo espíritu no sólo aprecia desde sus reflexiones, sino desde sus emociones.

Los pastores guanches llamaban al volcán «Echeyde», quizá en relación con la universal asociación mítica de la alta montaña con la morada de dioses o demonios, o quizá en razón de alguna erupción observada antes del siglo XVI. Aun en tal siglo hay crónicas que recogen mitos de esta montaña (moradas de extraños salvajes y piedras que mudan de color con la luna nueva).

La primera descripción aceptable de la cumbre del Teide es de un mercader inglés, Thomas Nichols, que pudo haber subido a ella entre 1557 y 1560. Sin embargo, la primera ascensión constatable es de Leonardo Torriani, en 1587 o 1588, que dejó constancia de itinerario, tiempo y caracteres geográficos del volcán. En 1592 ascendió Edmond Scory y en 1650, unos mercaderes, que relataron más extensamente la ruta de la ascensión, siendo este mismo itinerario abundantemente seguido posteriormente, hasta la actualidad.

Científicos notables, personajes curiosos, han dejado interesantes testimonios de sus ascensiones, en tiempos en los que el volcán era menos transitado, más desconocido, más misterioso y más remoto. Esto les obligaba a una mayor decisión, a un esfuerzo y a un empleo de tiempo muy superiores a los que hoy son necesarios para la misma empresa. Todo ello hacía de esta ascensión un acto minoritario y esporádico en el que la conquista de la cumbre estaba cargada de significados y el recorrido muy frecuentemente motivado por deseos de efectuar observaciones y exploraciones científicas.

Las antiguas ascensiones a la cumbre, motivadas por un afán de conocimiento, hicieron de este volcán un elemento particularmente destacado en el saber científico europeo, sobre todo en los siglos XVIII y XIX. Las experiencias obtenidas en él se incorporaron al saber con cierta trascendencia en el momento en que, justamente a través del estudio de los

volcanes, los plutonistas abandonan la Geognosia³⁰ para empezar a hacer Geología moderna y en el mismo punto de partida en que se establecen las primeras bases de la Geografía de las plantas; es conocido, en ambas aportaciones, el decisivo papel que tuvo el viaje de Humboldt a Tenerife.

El Teide es ya entonces un lugar especialmente atractivo para los naturalistas y las experiencias de éstos en sus laderas y cumbre pasarán a engrosar importantes parcelas del saber de la época, entrarán en las exposiciones comunes, se trasladarán a los manuales y la imagen del Teide se divulgará, no sólo en los relatos de viajes sino en los libros de Geografía y Geología.

Una de las primeras constataciones de la ascensión a la cumbre del Teide es de Torriani, en el verano de 1587 o de 1588, y la describió con parquedad, precisión y racionalidad, aunque estimaba al Teide como una de las mayores montañas del mundo.

Según su testimonio, la ascensión comprendía venticuatro horas a caballo y dos andando —estas últimas quizá desde Montaña Blanca o Lomo Tieso—. En la parte final —poco más de dos millas— donde, según escribe, «no hay calle ni sendero», el hombre, debido a la altura «se siente salir de sí y padecer las angustias y la náusea». Describe el cráter cimero («una plaza espaciosa con una corona de piedra») y sus fumarolas, así como la sequedad del ambiente, el viento fuerte, la zona de la atmósfera y comenta con estilo que «el sol se demuestra antes de haber barrido del mar la oscuridad de la noche y nuevo cielo, nueva tierra y nuevo mar», resaltando desde entonces la especial experiencia, tantas veces luego buscada, del amanecer en la cumbre.

Es también muy conocida la *Relación del Pico de Tenerife, transmitida por unos estimables mercaderes y hombres dignos de crédito que subieron a la cima*, en 1650. Salieron a caballo de la Orotava, con guías, a las doce de la noche; a las ocho de la mañana hicieron un alto hasta las dos de la tarde, al parecer, en la cumbre de Tigaiga (aunque ellos dicen «Terraira»), lo que debía ser habitual en este camino. Continuaron hasta Montaña Blanca, pasando por los Huevos del Teide, donde mencionan las «piedras gigantes al pie del Pico, que parecían haberse desprendido de lo

³⁰ Los viajes a Tenerife de Humboldt y von Buch enlazan plenamente con el significado de las famosas controversias en Auvergne del propio von Buch, de Desmarest, d'Aubuisson, Weiss, etc., respecto a las interpretaciones de los Puys. Ver, entre otros, Melón, A. (1957): «Humboldt en el conocer la España peninsular y Canarias». *Estudios Geográficos*, pp. 239-259; Cioranescu, A. (1978): *Alejandro de Humboldt en Tenerife*. Santa Cruz, ACT, 91 pp. Este autor recoge una carta de Humboldt a Suchfort, rector de la Universidad de Göttingen, escrita en Tenerife en 1799, en la que dice: «Todas las ideas que se han expresado sobre las causas de los volcanes, sobre los orígenes de sus productos, me parecen falsas e insostenibles» (pp. 80-82). Ver, sobre todo, Humboldt, A. de (1814): *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent...* Paris, especialmente tomo I, Von Buch, L. (1836): *Description physique des îles canaries...* Paris. F. G. Levrault, 527 pp.

alto». El traductor al español de este relato supone que «Terraira» es, por error, «Tenerife» y que dichas piedras son las «Piedras Arrancadas», pero nos parece más evidente la toponimia y el itinerario de Tigaiga y los Huevos. A las seis de la tarde prosiguen, dejan los caballos, uno de los ascensionistas enferma y pernoctan en la «Estancia de los Ingleses» entre grandes rocas, como será siempre común en las subidas tradicionales.

A las cuatro de la mañana reanudan el ascenso y aunque alguno se queda en el camino, el resto gana la cumbre antes del amanecer y allí beben un trago a la salud del Rey y disparan un tiro para proclamar ruidosamente su victoria. Nuevamente mencionan el cráter, el viento, las fumarolas y las amplias vistas que desde allí se divisan, confundiendo, como también es habitual, la situación de las restantes islas. En el descenso visitan la Cueva de Hielo, a la que describen de modo idéntico a como es hoy y a la que bajan descolgándose por cuerdas desde el hueco de su techo hasta el montón cónico de nieve que todos los años se forma bajo su entrada; mencionan sus carámbanos de hielo y el agua que ocupa su fondo. A las cinco de la tarde llegaban a la Orotava, donde tuvieron que untarse la cara con clara de huevo para aliviar las quemaduras del sol. Este relato, donde hay errores y vaguedades, no constituye ninguna aportación rigurosa, aunque contiene detalles curiosos —como la constatación de la existencia de «caudalosas fuentes que nacen en lo alto de las montañas, manando en grandes chorros», añadiendo que «la Isla está llena de manantiales de purísima agua, que sabe a leche», lo que no deja de ser, hoy en día, un testimonio interesante—, pero, sobre todo, presenta la subida como algo factible, fuera de los mitos, con datos concretos que facilitarán ascensiones posteriores.

Ya desde Torriani y en el siglo XVII, las ascensiones al Teide o sus proyectos tuvieron motivos científicos, pero los viajes de estudiosos naturalistas proliferarán en los siglos XVIII y XIX, dando carácter al volcán como un laboratorio vivo al que acuden, entre otros, conocidos científicos de Europa: Glas, Edens, Feuillée, Guerrero, Hernández, Heberden, Borda, Lapérusse, Labillardière, Macartney, Baudin, Advenier, Mauger, Riedlé, Franqui, Saviñón, A. de Humboldt, Malouin, Masen, Barrow, Lamanon, Verguin, Cordier, Odonell, Armstrong, Hammond, L. von Buch, Siliuto, Berthelot, Osuna, Dumont D'Urville, Malón, Fritsch, Clavijo, Hartung, Haeckel, Wildpret, Piazzzi, los naturalistas del «Challenger», etc. Algunos dejan grandes descripciones, como Humboldt (1799) o von Buch (1815), tanto literarias, como montaÑeras y científicas; otros calculan casi exactamente su altitud, como Cordier en el año 1803, que subió siete veces al pico ese año y lo midió en 3.705 m. Se puede decir que el primer gran relato es el de Humboldt, al estilo del de Saussure o el de Ramond; la primera vez que se alcanza el cráter gemelo de Chahorra es por Cordier; la primera descripción geológica profunda es la de Von Buch; la primera ascensión femenina es la de la escocesa Sra. Hammond, el 19 de mayo de 1815, que coincide con von Buch.

El resultado de todas estas ascension²es es la plena incorporación del Teide al saber científico europeo como uno de sus principales laboratorios en plena naturaleza montañosa y al montañismo como la más remota cumbre de Europa.

Sin embargo, no falta tampoco en esta relación la anécdota reveladora del escaso talante cultivado de nuestros prohombres españoles, en contraste con la tendencia anteriormente expuesta, que cuenta Feijóo, con intención moralizante, en una de sus *Cartas eruditas*, expresamente titulada «Causas del atraso que se padece en España en orden a las Ciencias Naturales»: En época de Carlos II de Inglaterra, la Regia Sociedad de Londres organiza una expedición científica al Teide para realizar experimentos sobre el «peso del aire» hasta su misma cumbre, puesto que, como escribe Feijóo, es «opinión común que el Pico de Tenerife es el más alto del Mundo». Piden al Embajador de España una recomendación para el Gobernador de las Canarias. El embajador los toma desconfiadamente por mercaderes de vino, en principio, y, cuando los sabios le aclaran su misión barométrica, «los mandó echar de casa por locos». No sólo hizo esto, sino que se ufano de ello, con grandes risas, en el Palacio de Witheal delante del Rey y otros palaciegos que «eran los principales autores de aquella expedición filosófica». «Celebróse el chiste en Londres y en París», comenta con bochorno el escritor ilustrado³¹.

Numerosos viajeros llevaron a cabo, pues, subidas al Teide en el siglo XVIII, con distintos fines, pero destacando entre ellas las emprendidas por científicos, algunos de renombre, que realizaron en el volcán numerosas observaciones geológicas, botánicas y meteorológicas.

Algunos relatos se salen de las meras constataciones científicas y cuentan diversas peripecias de los ascensionistas, bastante similares en todos los casos, pues siempre se seguía el mismo itinerario. Por ejemplo, podemos recordar la caída del capitán Baudin que, en diciembre de 1797, resbaló en la empinada ladera del Pitón del Teide, cubierta de nieve, y rodó hasta la Rambleta.

Sin duda, Humboldt, como tantos naturalistas de su época que se interrogaron por las montañas de Europa, subió al Teide influido por las ascensiones de Saussure en los Alpes, siguiendo un estilo científico entonces pionero, emulando en este volcán la actitud de célebres estudiosos y viajeros. Con ello el Teide participa en este proceso, junto al Mont Blanc o el Monte Perdido, en primera línea de la cultura europea: el Teide se incluye, a través de una gran figura, en la ciencia de entonces, entre las tres o cuatro grandes montañas muy conocidas —su silueta será profusamente divulgada— que tuvieron el honor de tener un gran científico asociado a su estudio y que contribuyeron, por ello, a incrementar el saber

³¹ Feijóo, Benito Jerónimo: *Cartas eruditas y curiosas*. Carta XVI.

sobre el planeta. El Teide queda así inserto firmemente en la historia reciente de nuestro progreso cultural, en el eje moderno de los conocimientos sobre la Naturaleza, en el mismo nacimiento de la Geografía física como ciencia: como un modelo de volcanes y un santuario de estudiosos, y ambas cosas justificadamente.

Humboldt realiza el itinerario habitual desde la Orotava, por lo que él llama el «Llano de las Retamas» (Las Cañadas) y el «Malpaís», siguiendo a sus guías por la ruta prefijada por éstos, que es casi la misma que sigue la actual vereda. Tomando notas y medidas de todo cuanto atañía a la naturaleza, Humboldt atraviesa en un día caluroso el retamar de las Cañadas, los campos de pumitas, las coladas obsidiánicas, alcanza el Montón de Trigo y después la Estancia de los Ingleses, donde deja las mulas. Allí pasa una fría noche entre dos rocas, fácilmente localizables hoy día, junto a una fogata que llegó a quemarle una manta, incómodo y sofocado por el humo, pero impresionado por la grandiosidad del lugar.

A las tres de la mañana recomienza la subida, con antorchas de pino. Tarda dos horas en alcanzar Alta Vista, la «estación de los Neveros», donde cuenta que algunos tinerfeños llegaban en mula para buscar hielo y nieve, que venderían luego a las poblaciones de los valles. Visita la Cueva de Hielo y emite una hipótesis sobre su origen, comparándola con otras similares en el continente europeo. Al amanecer reemprende la subida y observa un típico fenómeno óptico de puntos luminosos en el cielo que parecen moverse en oscilaciones verticales y horizontales (y del que cualquier buen conocedor del Teide habrá podido tener también experiencia, pues no es infrecuente), argumentando inmediatamente una explicación racional a este balanceo aparente de las estrellas.

En la Rambleta encuentra —como hoy— las primeras fumarolas, a las que denomina las «Narices del Pico», a las que mide el calor y de cuyo origen da también una razonable argumentación. Alcanza finalmente la cumbre trepando directamente por una colada hasta el borde del cráter o «Caldera del Pico», a las ocho de la mañana, con tiempo frío y muy ventoso; baja al fondo del embudo y deja constancia no sólo de sus análisis sino de la impresión —desgraciadamente hoy perdida— de profunda soledad del lugar. Recoge muestras, recolecta la violeta del Teide a 1.740 toesas de altura³², contempla el paisaje y sitúa en él los diversos pisos de vegetación de la isla y la distribución de los usos del espacio por el hombre. Desciende rápidamente a las Cañadas y llega a la Orotava al anochecer.

En sus notas inserta un horario posible para futuros ascensionistas: medio día para ir de Santa Cruz a La Orotava. Desde La Orotava a la Estancia, en mulas, desde aquí al Pico, andando, y vuelta, veintiuna horas, sin contar los altos (La Orotava-Pino del Dornajito: 3 horas; Pino-Estan-

³² Una toesa francesa equivale a 1,94904 m.

cia: 6 horas; Estancia-Caldera: 3 horas y media; descenso: 9 horas). A las abundantes descripciones y consideraciones geográficas y literarias sobre el volcán añadirá, no obstante, un comentario crítico sobre sus guías, no sólo porque eran perezosos y nunca habían subido a la cumbre, sino porque además se bebieron por su cuenta todo el vino de la expedición.

Siguiendo esta tradición, también ha sido célebre el relato de la ascensión de Berthelot en julio de 1827, que se divulgó ampliamente por Europa, aunque su primera subida data de 1825. Su itinerario, más original, parte de Chasna. A las cinco de la mañana emprende el camino con un arriero y dos guías, alcanza la Degollada de Ucanca y desciende a la caldera de las Cañadas. Descansan en la Fuente de Piedra con unos cabreros y, en un día de Sur, muy caluroso, atraviesan las coladas caóticas que llevan hacia Montaña Blanca, donde los guías se extravían y han de abrir paso a tropezones a una pobre mula que llevan consigo. Desfallecidos alcanzan el pie de Lomo Tieso y llegan a la Estancia a las nueve de la noche, con luna llena. Los guías lo celebraron bebiendo abundantemente y cantando a voz en grito hasta quedarse dormidos, pero Berthelot, incómodo sobre las piedras, pasó la noche en vela.

A las tres de la mañana, como era costumbre, reiniciaron la subida. En la Rambleta, con atinado juicio, Berthelot señala que su forma en cornisa indica «que se trata de un cráter anterior al que hoy se encuentra en la cima». No obstante, en general sus comentarios sobre la subida repiten los de todos los viajeros que pasaron por los mismos lugares. Al amanecer coronan el pico y, al bajar, pasan «obligatoriamente», como en un rito, por la Cueva del Hielo y escribe: «helfero de donde se extrae el hielo que aprovisiona a todos los pueblos de la costa». Esta ascensión, aún con anotaciones de carácter científico, se inserta en el modelo clásico de los viajes con un objetivo cultural y representa quizá una de las últimas etapas de este estilo tradicional.

Posteriormente, la ascensión al Pico fue el objeto también de otro tipo de viajeros, en los que empezaba a predominar, como en los Alpes o el Pirineo —el Teide sigue una evolución cultural paralela a la de estas montañas—, el aspecto deportivo. Así aparece destacada esta finalidad en el relato del alpinista Leclerq (1879), que llega a escribir: «La Villa de la Orotava es el cuartel general de los turistas que se proponen hacer su ascensión al pico: es el Chamonix de Tenerife». Su exposición, un tanto tarrañesca, pone el énfasis en unas aventuras que repiten sin excesiva originalidad, con alguna exageración y ciertas confusiones (como llamar las «Cuevas» a los Huevos), el itinerario conocido. Su guía había subido al pico nada menos que doce veces el año anterior y la Estancia, cubierta de residuos dispersos, presentaba un aspecto que indicaba tanto el descuido de los viajeros como el aumento de su número.

Fatigado, acatarrado, contusionado por una caída del caballo en medio de un malpaís, perdido el sombrero, Leclerq llega a la cima al amanecer siguiente y a las cinco de la tarde, tras treinta y cuatro horas de ca-

minar y cabalgar, «teniéndome con honor para no parecer que estaba cansado, tieso como una I con mi lanza a la espalda, entraba triunfante en la Villa».

Una de las últimas alusiones interesantes a la clásica ascensión al Teide puede encontrarse en una publicación de 1917 del geólogo Fernández Navarro. En parte su descripción contiene aún el viejo sabor de aquellos relatos, pero posee también otras perspectivas nuevas, en las que ya aparece un atisbo de la posterior explotación turística del paraje.

En 1778 afirmaba Deluc³³ que donde se debe estudiar principalmente la historia de la naturaleza es en las montañas, lo que compartían todos los científicos mencionados y muchos más. Humboldt y Darwin buscaron las montañas alejadas del continente europeo, empezando por Canarias, y sobre todo los volcanes, aún más expresivos. Así escribía Darwin en 1832: «Hacer geología en una región volcánica es algo agradabilísimo: además del interés que ello ofrece, le conduce a uno a los parajes más bellos y retirados». Pero ni el Teide tuvo la fortuna de ser estudiado por el más importante impulsor de la ciencia reciente, ni Darwin la de conocerlo³⁴. Darwin se acerca a Canarias en el barco leyendo a Humboldt ávi-

³³ Broc, Numa (1969): *Les Montagnes vues par les géographes et les naturalistes de langue française au XVIII^e siècle*. Paris, Bib. Nat., 298 pp.

³⁴ Darwin, Ch. (1977): *Autobiografía*. Madrid, Alianza, 2 tomos, 490 pp. Escojo unos pocos de los muchos títulos de este ciclo, hasta fines del XIX, para completar con algunas citas los comentarios anteriores: Nichols, T. (1932-33): «Descripción de las Islas Canarias». La Laguna, *Rev. de Hist.*; Cioranescu, A. (1963): *Thomas Nichols, mercader de azúcar, hispanista y hereje*. La Laguna, I.E.C., 131 pp.; Torriani, L. (1978): *Descripción e Historia del Reino de las Islas Canarias...* S. Cruz, pp. 173-176; Scory, E. (1936): *Observaciones del Caballero inglés Sir Edmond Scory acerca de la Isla de Tenerife y del Pico del Teide*. Madrid, El Musco Canario, pp. 44-59; Edens, J. (1714-16): «An account of a journey from the Port of Orotava... to the top of the Pike... *Philosophical Transactions*; Heberden, T. (1752): «Observations made in going up the Pic of Teneriffe». *Phil. Trans.*; Franqui, N. S. (1829): «Carta sobre la erupción del volcán de la montaña de Venge... *Anales de Hist. Nat.*, pp. 297-304; Bory de St.-Vincent, I.B.G.H. (1804): *Essais sur les Isles Fortunées...*, Paris, pp. 35 y ss.; Cordier, P.L.A. (1803): «Lettre de M. Cordier, ingénieur des Mines de France, au Citoyen Devilliers Fils». *Journal de Physique*, LVII, pp. 55-65; Siliuto, J. M. (1846): *Viaje al Pico de Tenerife. Descripción geológica de este Monte Volcánico*. S. Cruz, Imp. V. Bonnet, 36 pp.; Berthelot, S. (1980): *Primera estancia en Tenerife (1820-1830)*. S. Cruz, A.C.T., pp. 103-108; Osuna, M. (1837): *Viaje al Pico de la Isla de Tenerife. Año de 1834*. Barcelona, Imp. Gaspar, 24 pp.; Landa, N. (1863): *Un viaje a Canarias*. Pamplona, Imp. Correo Navarra, pp. 90 y ss.; Haeckel, E. (1867): *Eine Besteigung des Pik von Teneriffa*, 32 pp.; Verneau, R. (1981): *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*. La Orotava, J.A.D.L., pp. 228-233; Lecrercq, J. (s.a.): *El Pico de Tenerife*. S. Cruz, Hespérides, pp. 5-44; añadamos a Proust, L. y Pitard, J. (1908): *Les îles Canaries. Description de l'Archipel*. Paris, pp. 128 y ss. y a Fernández Navarro, L. (1917): *El Teide y la Geología de Canarias*. S. Cruz, Libr. Católica, 26 pp. También son interesantes: Castillo, P. A. (1948-60): *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias*. Madrid, Gabinete Literario de Las Palmas, pp. 1220-1227, y Viera y Clavijo, J. (1967): *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, S. Cruz, Goya, tomo I, Lib. III, Glas. G. (1982): *Descripción de las Islas Canarias*. S. Cruz, I.E.C., 175 pp.; Feijoo, P. B.: *Teatro crítico...*, tomo VII, disc. II, n.º 35, etc. Para otros ciclos véase mi artículo «Ciclos de viajes», en *Revista de turismo*, 1984.

damente; un año antes, en 1831, escribía ya a sus colegas, ilusionado con este proyecto: «En la actualidad hablo, pienso y sueño con el proyecto que tengo casi fraguado de ir a las Islas Canarias. Desde hace mucho tengo el deseo de ver un paisaje y una vegetación tropicales y, según Humboldt, Tenerife es un ejemplar muy hermoso». «En cuanto a mi proyecto de las Canarias, es precipitado por tu parte hacerme preguntas; mis otros amigos desean sinceramente que vaya; les molesto con tanto como les hablo de paisajes tropicales, etc. Eyton irá el verano que viene y yo estoy aprendiendo español.» «Espero que continúe desplegando su ardor canario: Leo y releo a Humboldt; haga lo mismo. Estoy seguro de que nada nos impedirá ver el árbol del Gran Drago.» Al finalizar el verano de ese año, Darwin, siguiendo el ejemplo de Humboldt, entra en contacto con el capitán Fitz-Roy y ocupa el puesto de naturalista en el largo viaje del «Beagle», que se inició en diciembre.

En su autobiografía escribe: «Durante mi último año en Cambridge leí con atención y profundo interés *Personal Narrative* de Humboldt. Esta obra y la *Introduction to the Study of Natural Philosophy* de Sir J. Herschel suscitaron en mí un ardiente deseo de aportar aunque fuera la más humilde contribución a la noble estructura de la ciencia natural. Ningún libro de la docena que había leído me influyó tanto como aquellos dos. Tomé nota de largos párrafos de Humboldt sobre Tenerife y se los leí en voz alta a Henslow, Ramsay y Dawes, creo, en una de las excursiones antes mencionadas, ya que precisamente les había hablado en una ocasión de las glorias de Tenerife y algunos del grupo habían declarado que intentarían ir allá... Yo, sin embargo, me lo tomé muy en serio y conseguí que me presentaran a un marino mercante de Londres que me informara sobre barcos; por supuesto, el proyecto quedó frustrado por el viaje del "Beagle"».

La razón del viaje científico estaba perfectamente clara para Darwin: obtener información amplia, universal, para inducir leyes sobre la naturaleza terrestre, para lo cual Tenerife presenta posibilidades importantes; el espíritu de los verdaderos científicos no puede ser localista, sino universal. Así escribe: «Nada me había demostrado tan claramente que la ciencia consiste en agrupar datos para poder extraer de ellos leyes o conclusiones generales». «Trabajé sobre verdaderos principios baconianos y, sin ninguna teoría, empecé a recoger datos en grandes cantidades.» «Era absolutamente cierto que innumerables hechos perfectamente observados estaban esperando en las mentes de los naturalistas, listos para ocupar su puesto tan pronto como se explicara suficientemente una teoría que los abarcara.» «Mi mente parece haberse convertido en una máquina que elabora leyes generales a partir de enormes cantidades de datos.» «Desde los primeros años de mi juventud he tenido el más firme deseo de comprender o explicar todo lo que observaba —esto es, de agrupar todos los hechos en leyes generales.»

Pero Canarias no podrá participar en esos datos y en esas reflexiones.

Darwin relata su desilusión en una carta a su padre del siguiente modo:

«El 4 de enero no estábamos a muchas millas de Madeira, pero como el mar estaba encrespado y la isla estaba situada a barlovento, no merecía la pena pensar en acercarnos. Posteriormente, se comprobaría que fue afortunado ahorrarnos la molestia... El 6 por la tarde entramos en el puerto de Santa Cruz. Ahora me encuentro por primera vez medianamente bien, y me estaba imaginando el deleite de la fruta fresca que crece en hermosos valles y leyendo la descripción de Humboldt de las magníficas panorámicas de las islas, cuando (quizás puedas suponer nuestra decepción) un hombrecillo pálido nos informó que debíamos guardar una estricta cuarentena de doce días. En el barco se hizo un silencio sepulcral hasta que el Capitán gritó «arriba el foque» y dejamos aquel lugar por el que tanto habíamos suspirado.

Durante el día estuvimos sin viento entre Tenerife y Gran Canaria y aquí experimenté por primera vez algún placer. La panorámica era magnífica. El pico de Tenerife, visto entre las nubes, parecía otro mundo. El único inconveniente era nuestro deseo de visitar esta magnífica isla.»



FIG. 3.—El Teide desde el mar (Webb y Berthelot, 1834).

En otros momentos de su vida volverá a mencionar el sentimiento de frustración que le produjo este hecho fortuito. Años más tarde, en una carta al célebre biólogo Haeckel, escrita en 1867 —del que queda un curioso relato de su ascensión al Teide en el mismo año—, dice, con un toque de

nostalgia: «Para mí ha sido una gran decepción no haber recibido la larga carta que me escribió desde las Canarias. Me alegra saber que su viaje, que parece que fue muy interesante, ha resultado beneficioso para su salud». Extraordinario documento esta carta perdida, referida al Archipiélago, entre los dos naturalistas más creadores del siglo XIX; nuevamente la relación entre Darwin y Canarias queda cortada. No así su ilusión y sus razones, que seguirán atrayendo a estudiosos y a viajeros.

Canarias está, por ello, a la vez dentro y fuera del mundo darwiniano, con el particular sabor del reconocimiento y la decepción. Al cabo del tiempo, hagamos nuestro homenaje a Darwin, condenando la deplorable cuarentena que le impidió desembarcar, sintiendo tanto como él el hecho de que no pudiera recorrer Tenerife habiendo estado a sus puertas.

Unas frases escritas por Eliseo Reclus, quizá nos obliguen a buscar hoy en el Teide lo mejor que fueron a encontrar en él los hombres más ejemplares que tantas veces repitieron su larga ascensión y nos permitan reafirmarnos en la necesidad de una verdadera y profunda protección de la naturaleza del volcán: «La soledad, en lo que queda de naturaleza libre, se hará cada vez más necesaria al hombre que, lejos de conflicto de deseos y opiniones, quiera fortalecer su pensamiento. Si los sitios más hermosos de la tierra llegaran a convertirse un día en punto de reunión de los ociosos, a aquéllos que gustan de vivir en la intimidad con los elementos no les quedaría otro recurso que huir en una barca a alta mar, pero siempre echarían de menos las montañas».

* * *

Otros muchos «ciclos» ordenan el género de los libros de viajes en grupos coherentes, con sus relaciones, referencias, supuestos y cánones: el italiano, el español, el asiático, el de la aventura africana, el polar, el alpino, el pirenaico, el de las grutas, etc. Frente a la oferta azarosa de nuestras editoriales podríamos volver a escribir, también simbólicamente, aquella conversación entre los monjes de *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco:

—«Entonces, ¿la planta de la biblioteca reproduce el mapa del mundo?

—Es probable. Y los libros están colocados por los países de origen o por el sitio donde nacieron los autores.»

Enero 1984

RESUMEN

La reciente y repentina comercialización en España de numerosos libros de viajes de diferentes épocas y muy diversos lugares constituye una oferta editorial desordenada que, sin embargo, suscita interés bajo el punto de vista del geógrafo. También obliga a señalar unos ejes alrededor de los cuales puedan ordenarse intelectualmente estos libros.

RÉSUMÉ

La récente et subite commercialisation en Espagne des nombreux livres de voyages de différentes époques et vers différents pays présentent un choix éditorial pas ordonné, mais, cependant, d'un certain intérêt pour un géographe. C'est donc important d'établir quelques directrices autour desquelles organiser intellectuellement ces livres.

ABSTRACT

The sudden and recent appearance on the Spanish market of numerous travel books on diverse places dating from different periods by various editorials is disorganised. Nevertheless, this material is of interest from a geographic point of view. As a result, there exists a need to indicate some axes around which to structure this literature.